

## VIDA LITERARIA

DE LA

# AMÉRICA DURANTE EL COLONIAJE.

I.

## Méjico.

La parte de la historia de América que se estiende desde su descubrimiento, hasta la revolucion en que se constituyeron repúblicas independientes las colonias de la España, es generalmente muy poco conocida. La conquista de un mundo i su libertad son acontecimientos demasiado grandiosos, que merecen atraer la vista con preferencia a los sucesos intermedios que, no ofreciendo esta importancia, quedan sepultados en la sombra. El espíritu admirado no se fija mas que en estas dos empresas dignas de gigantes, i considera como un desierto el largo espacio de tiempo corrido entre ellas, de lo que resulta en nuestros anales, un paréntesis que comprende nada ménos de tres siglos, que no siempre estuvieron desnudos de interes. Importa llenar esta laguna, para conocer a fondo la organizacion que nos rijió por tantos años i poder analizarla en todos sus pormenores, a fin de darnos una cuenta exacta del pasado.

Uno de los puntos mas desatendidos en este jénero de investigaciones ha sido la instruccion i la vida literaria de la América, mientras duró el sistema opresor a que vivimos sometidos. Era difícil que atrajese la atencion. Nos imaginamos a los hombres de esa época, sumidos en un letargo tan profundo, los creemos tan imbéciles, que nos parece imposible que supieran leer i escribir. La literatura no florece, sino en las rejiones que gozan de libertad, i entre nosotros no existia mas que despotismo. Las leyes dictadas con respecto a la publicacion de los libros escritos en el pais, e introduccion de los extranjeros eran muy severas. Se prohibia con fuertes castigos que se imprimiesen i vendiesen sin haber precedido la censura previa; era dificultoso obtener el permiso, si se ocupaban de alguna materia concerniente a las Indias, i lo negaban absolutamente a las novelas i a las otras obras que trataban de asuntos fabulosos i profanos.

La metrópoli queria tenernos ignorantes de ciertos debates que se agitaban en el otro continente i que habrian puesto en peligro su autoridad, en el caso de llegarse a conocer, por lo que habia dado órdenes precisas sobre este punto a dos corporaciones que le obedecian con fidelidad; adentro la Inquisicion i afuera el Consejo de las Indias, fieles guardianes, que, luego que olfateaban un libro condenado, daban la señal de alarma e impedian su circulacion o lo entregaban a las llamas. Temiendo el contagio inherente a las ideas, pretendia separarnos de los demas pueblos por un muro; pero, aunque este habiese sido mas elevado que los Andes, no habria conseguido su objeto, pues las ideas, si se les cierra el paso, se infiltran como el agua o vuelan como las águilas sobre las mismas barreras que se trata de oponérseles. Sea por la corrupcion de los empleados, natural a todo sistema prohibitivo, sea por las inmensas ventajas que consigue el que se expone a sufrir una pena por violarlo, no hai duda que a veces se lograba poseer los libros prohibidos por una corte astuta i suspicaz; como los contrabandistas importaban toda clase de mercaderías, burlándose de las ordenanzas relativas al comercio. En la severidad de las leyes se encontraba su remedio; lo que a riesgo de repetir una vulgaridad, trae a la memoria la lanza de Aquiles, que entre los antiguos causaba heridas que ella misma tenia el poder de cicatrizar. Asi vemos a los censores del Santo Oficio quejarse con frecuencia de las obras «que se esparcen i se derraman hasta los últimos confines de la tierra, con singular detrimento de la religion,

de las costumbres, de la probidad i tambien de las buenas letras.» (1)

Al lado de estos reglamentos que tendian a ahogar en jérmen ese deseo ardiente de aprender revelado por la misma violacion que de ellos se hacia, existen otros que por una especie de contradiccion, ordenan la fundacion de escuelas, de colejos, de universidades, empleando para conseguirlo, hasta las rentas de la corona.

Esta contradiccion puede explicarse fácilmente. La España deseaba arrojar a los Americanos un hueso que roer, algo que los ocupase i divirtiese al mismo tiempo. Las ciencias se ofrecieron desde luego, pero esta distraccion podia llegar a ser peligrosa, en caso de no dirigirla con tiento. Las revoluciones que se operan en el mundo intelectual retumban por la fuerza de las cosas en el mundo político; para permanecer en la inercia es necesario renunciar al pensamiento. Pero los males podian convertirse en bienes, si los estudios tomaban cierto rumbo i entónces léjos de causar la ruina del despotismo que los institua, al contrario debian afianzarlo. Uno de los medios que tuvo la metrópoli de lograr su objeto fue poner grillos a la intelijencia, impidiéndole desarrollarse con independencia. Los teólogos i los lejistas recibieron el encargo de llevar a término semejante empresa. Estos soldados de un nuevo jénero, derrotados en Europa, pasaron a la América con todos sus pertrechos i almacenes de guerra, que consistian en bibliotecas, nuevas arcaas de Noé, en que habian reunido un par de todos los libros escritos en una época que sepultaba el diluvio. No podian inspirar el mas leve recelo, porque no trataban mas que de conservar lo existente i de inculcar un amor ciego por el rei, considerándolo como un plenipotenciario de la Divinidad. A las ciencias que cultivaban se les habia exprimido todo el jugo i de consiguiente estaban agotadas; se conocia por esta razon de antemano su alcance i el círculo invariable en que debian jirar. Además procedian por definiciones i por axiomas, gustaban de formular sentencias, de dividir, de sutilizar, de distinguir i de disputar. Eran pues un medio poderoso de ocupar sin ningún riesgo la atencion del pueblo en torneos literarios de que siempre resultaba algun provecho a la autoridad soberana, que por tradicion o por espíritu proclamaban absoluta.

(1) Vicente Lopez, Aprilis Dialogus. Mexici 1755.

Teniendo los Americanos limitado su horizonte a todos lados, se lanzaron con ardor al único campo de discusión que se les ofrecía i empezaron a gastar en debates académicos tantas fuerzas, como las que otros habrían empleado en batallas verdaderas. En estas agitaciones literarias, se resume la vida de la América durante el coloniaje; aquí es donde se encuentra esa fermentacion, esa fiebre que es el signo de una existencia agitada. Los colonos de ordinario tan tímidos, tan pacíficos llegaban a enfurecerse en tratándose de cuestiones científicas. Para obtener un título, un grado era preciso haber trabajado día i noche sobre una infinidad de volúmenes; i en las oposiciones no era siempre la pluma la única espada de que se servían los adversarios. Muchos quedaban arruinados a causa del oro que empleaban en las intrigas, para obtener un honor de que se envanecían, i luego nuevos gastos al arrojar al pueblo puñados de plata con la mira de obtener un aplauso universal, i luego en caso de derrotar al enemigo, un opiparo festin, que por cierto dejaba muy atras al de los modernos universitarios. Aun ahora con un saber mas profundo existe ménos animacion a este respecto. Han desaparecido en gran parte esas justas, esos certámenes que eran una de las pocas diversiones de hombres subyugados por el despotismo, a quienes se exijia en el cumplimiento de sus deberes la obediencia pasiva que se pide a los soldados de un regimiento. Hasta en los exámenes habia mas entusiasmo que al presente. ¿Quién no ha oido hablar de las conclusiones que en Santiago se celebraban en los templos, a falta de un local a propósito? I en estas funciones no podia quejarse el vencedor por el premio, pues en caso de obtenerlo era conducido por las calles a son de música i acompañado hasta su casa por una multitud innumerable, que lo aplaudia.

No se crea por este empeño con que se cultivaban las ciencias que estábamos mas adelantados que en el día. De ningun modo. El pueblo no tenia otros pasatiempos que las procesiones i las fiestas académicas: así que concurría a ellas con una alegría que era poco comun en la vida mas monótona que darse pueda. Los monarcas de España, como maléficos encantadores, habian convertido con su pesado cetro a los Americanos en autómatas incapaces de sentir, sino cuando lo ordenaba el señor: de manera que debian experimentar un placer muy vivo, cuando una novedad venia a sacudirlos del letargo en que yacian i cuando se les dejaba una apariencia de libertad.

Sin embargo, es preciso confesar que la enseñanza que establecieron en la América no era mui diferente de la que existia en la península, aunque es verdad que esta misma no servia para mucha cosa, a no ser para repletar el cerebro de palabras vacias de sentido i de insulsos argumentos; pero buena o mala, los colejos de las colonias abrian sus puertas de par en par a toda clase de personas, comprendiendo a los mismos indijenas. Dirijiendo la instruccion, la metrópoli cimentaba en la roca su poder. El respeto ciego por la autoridad arrojaba mil raíces en el corazon, pues los profesores inoculaban en la juventud una obediencia cobarde a las potestades que proclamaban instituidas por Dios, siendo esto lo único que mantenía encadenadas inmensas rejiones a una parte casi imperceptible de la Europa.

La primera de sus posesiones en que los españoles lograron desarrollar su plan de estudios fué en Méjico, que mereció ser llamado la Atenas del nuevo mundo. Inmediatamente despues de la conquista, se trató de ponerlo en planta. «Luego que se fundaron conventos i se instituyeron algunos colejos, comenzóse a anhelar por una Universidad mas vasta, a la cual concurriesen los extranjeros, los habitantes del pais, los Indios i los Españoles, i en la que se enseñasen todas las ciencias, como en las escuelas i academias mas célebres de Europa» (1). Deseando Carlos V que la América abundase no solo en riquezas i en cosas hermosas, sino tambien en hombres que diseminasen la fé católica i pudiesen defenderla en comarcas tan estensas i fuesen delicias i honor de la relijion i del reino, mandó por cédula del 21 de Setiembre de 1551 instituir en Méjico una universidad que se encontró planteada en 23 de Enero de 1555 i comenzó a gozar de privilejios tan latos como los que habia amontonado en el trascurso de muchísimos años la universidad de Salamanca «la primera de todo el orbe.» Tratando de alcanzar con ella un doble objeto, defender el trono i el altar, los reyes i los papas la condecoraron a porfia con toda clase de beneficios. Aunque no esté dispuesto a creer en los infinitos sabios que la ilustraron i que estan imposible enumerar en las páginas de libros en folio «como encerrar el océano en una concha» (2), no puede negarse sin embargo que esta institucion fué un don bastante apreciable, a pesar de que trataba sobre todo de ensalzar la tirania que la habia fun-

(1) Eguiara et Eguren, Bibliotheca Mexicana. Mexici, 1755.

(2) Eguiara et Eguren.

dato. Existe un libro mui curioso, impreso en el mismo Méjico en 1554, *Diálogos sobre la Academia Mejicana*, escrito por don Francisco Cervantes Salazar, que revela pormenores preciosos sobre el origen de la Universidad i que nos muestra que aun en su cuna, no se diferenciaba mucho de las de España, a la que es preciso no olvidarlo la civilizacion a rrastraba como a remolque. Hé aqui una de las conversaciones que entablan los interlocutores de estos diálogos.

GUTIERREZ. ¿Dime, porque no he podido saberlo de otro, qué casa es esta, que por un lado mira a la plaza, con tantas ventanas, abiertas arriba i abajo i por el frente al camino público: en la cual entran tantos jóvenes ya de a dos, ya de a tres; ya en compañías, con esas capas tan largas i esos sombreros cuadrados que les caen hasta las orejas?

MESA. Es la academia i la escuela de los jóvenes; los que entran son los estudiantes, amantes de Minerva i de las Musas.

GUTIERREZ. El atrio es bastante capaz para la multitud i número de los que aprenden. Pero lo que es mejor, i lo que ennoblece realmente una academia, ¿qué tales maestros tiene?

MESA. Mui buenos.

GUTIERREZ. No te pregunto por su probidad, sino por su doctrina i destreza en enseñar.

MESA. Profundos i mui instruidos en toda ciencia: ¿te lo diré? nada comunes i como posee pocos la España.

GUTIERREZ.—¿Quién fué el fundador de tan grande portento?

MESA.—El César, bajo cuyo mandato i auspicios se han hecho muchas cosas esclarecidas en todas las partes del mundo.

GUTIERREZ. ¿De qué inmunidades i privilejios goza?

MESA. De mui grandes i de muchos, i que en nada se diferencian de los de Salamanca.

GUTIERREZ. Son dignos de mas i si se puede de mayores, los que enseñan tan léjos de su patria i los que aprenden en medio de la opulencia i delicias de sus padres.

MESA. Mas bien debias de haber dicho que ambos deben gozar de honor, porque libran los primeros al nuevo orbe, con el fulgor de su sabiduría, de la niebla de la ignorancia, con que estaba oscurecido i asi confirman a los indios en la fé i en el culto de Dios.

GUTIERREZ. ¿Cuánto es el número de los doctores i de los maestros?

MESA. Es tanto el de aquellos que han alcanzado la suprema

corona en Méjico i el de aquellos que han sido obsequiados con la misma en otra parte, alumnos de la academia o inscriptos en su órden, que apenas es mayor el de Salamanca.

La academia no tenia al principio mas que veinte i tres profesores que enseñaban los idiomas, la retórica, la filosofia, las matemáticas, la medicina, el derecho romano i canónico, i toda la teología. En cuanto al método seguido en la enseñanza, era ni más ni ménos, el adoptado ahora en Francia para la instruccion superior. No habia un texto fijo, que fuese prohibido variar, sino que cada catedrático seguia su sistema, i adoptaba, si queria, opiniones contrarias a las de su predecesor; lo que excitaba la emulacion, las rivalidades i las disputas. En cada clase se elevaba una cátedra desde la cual pronunciaba el maestro sus lecciones, que hacia imprimir o copiar por los alumnos, pero que siempre eran cambiadas por su sucesor.

«Ademas de la Academia principal, en que se enseñaban todas las ciencias i a la cual concurrían de toda la América i algunas veces de la Europa» (1), habia otros muchos colejios dirigidos por relijiosos o seculares. Los numerosos conventos de que estaba cubierto Méjico tenian especialmente este objeto, i en ellos se aprendia mas o ménos segun el lugar de su situacion i el jénero de personas a que la instruccion se dirigia. Como en la edad-media los estudios se concentraron en los claustros que estaban provistos de bibliotecas considerables, cada una de las cuales pasaba, segun la opinion de varios autores, de 8294 volúmenes i la de los Carmelitas, lo que es difícil de creer, constaba de mas de 12,000; bibliotecas que debian asemejarse a las que existen en nuestros monasterios i de que han dado cuenta el polvo, las ratas, la polilla i el olvido!

El movimiento intelectual no quedó limitado a las universidades i a los colejios, bien pronto se estendió tambien a las casas de los particulares. «Existían reuniones nombradas igualmente academias, circunscritas a las paredes domésticas i a las cuales no se permitia la entrada, sino a los que habian hecho estudios superiores: estos, en un día fijo i bajo un presidente emérito, trataban de perfeccionarse i de saborear a la sombra las mismas ciencias que habian aprendido en las escuelas» (2). Segun el lenguaje de la época, eran las abejas que despues de haber libado el su-

(1) Vicente Lopez, Aprilis Dialogus.

(2) Vicente Lopez.

mo de las flores de la antigüedad griega i latina, se retiraban a sus habitaciones a fabricar sabrosos panales. Como Méjico gozaba de una paz profunda, todos se entregaban con ardor al estudio de las ciencias, a falta de cualquiera otra ocupacion. No hai duda que poseeríamos muchas obras de este tiempo, si la España no hubiese deseado que los Americanos supiesen acuñar oro mas bien que imprimir libros, asi que los muchos que aparecian manuscritos eran devorados por el tiempo i la carecoma, o perecian sin nombre en la oscuridad.

En las discusiones el espíritu se lanzaba con igual fuego a las cuestiones mas elevadas i a las mas fútiles. Se discutia acaloradamente sobre el *libre arbitrio*, pero con igual encarnizamiento talvez con mayor, se trató de *ornatu mulierum* i es cosa digna de notarse que casi vinieron a las manos por saben con certeza, hasta qué parte precisa podian andar las mujeres con el pecho desnudo sin pecar. El mismo sello de grandeza i pequñez estaba estampado en las obras que lograban imprimirse con mil dificultades, porque era necesario que atravesasen el océano e hiciesen el viaje de un mundo a otro para ser impresas en Madrid: a lo ménos así sucedia al principio. Estas obras ya tratan de la santa Biblia o son *consultationes, tractationes, prælectiones, dissertationes, allegationes, disputationes, prolusiones, questiones, opuscula, criticae, commentarü* i *laudationes* acerca de Pedro Lombardo, el maestro de las sentencias, de Scott, el doctor sutil, de Santo Tomas, el preceptor anjélico i de Suarez, el doctor eximio. Sin innumerables los folios sobre derecho canónico i romano, sobre filosofia i teología, i de cuando en cuando aparece algun libro sobre la historia natural, la medicina o la botánica en que el autor se condecora con el pomposo titulo de Plinio del nuevo mundo. Todos estos escritos estan vaciados en el mismo molde; cortalos con la misma tijera, son un verdadero mosaico, un remiendo de poetas e historiadores, de autores sagrados i profanos. La facultad que ha predominado al componerlos es la memoria, no la intelijencia. Para comprender el carácter de esta literatura no es necesario leer todos los volúmenes que la forman, basta con uno solo.

Si queremos conocer a fondo la vida literaria de Méjico durante el coloniaje, no tenemos mas que asistir a alguna de las reuniones de sus hombres mas sabios. Escojamos el principio del siglo XVIII, en que se disentan en Europa problemas que entrañaban la suerte de la humanidad i veamos qué se hacia en la Nue-

va España, en la misma época. Por este tiempo todos estaban atónitos en presencia de un jóven de veinte i cuatro años, que unánimes saludaban con el título de *jenio espantoso*, el mismo epíteto con que Chateaubriand ha calificado en nuestros días a Pascal, este jenio se llamaba Antonio Laurencio Lopez Portillo, que los Mejicanos creían que iba dar nombre al siglo i que en el día es completamente desconocido. ¡Tanto silencio despues de tanto ruido! Parecía que su lengua nativa fuese la latina, tan bien la hablaba, siendo la crema i nata de los teólogos i lejistas. Atleta infatigable para el estudio, sus maestros temblaban cuando levantaba el dedo, accionando para ponerles una objecion. Un año entero sostuvo una disputa con su profesor i Portillo que era cabezudo, como el que mas, lo iba a esperar invariablemente a la puerta de su casa i lo acompañaba hasta el aula discutiendo i a la salida ejecutaba otro tanto, hasta que se confesó vencido el catedrático. El arzobispo i los canónigos fueron varias veces a oír al niño discutir tésis, que duraban días enteros. Por lo demas, estos eran sus únicos dotes, pues tenia la desgracia de ser estremadamente feo.

Su fama permaneció encerrada en el recinto de los colejios, hasta que en una oposicion ofreció este héroe de la sabiduria, recitar de memoria en la Academia cuatro libros de las instituciones de Justiniano, de tal modo que bastaba enunciarle el título de cualquier párrafo, para que él lo refiriese al instante al pie de la letra, i prometió tambien defender las conclusiones sacadas en todos los capitulos de los dos tomos folios de Antonio Pichardo, doctor de Salamanca. Esta promesa la cumplió con la fidelidad del que sabe que no debe jurarse en vano i mucho ménos en falso. Todo pudo haberlo obtenido despues del triunfo, pero prefirió sepultarse todavia en el estudio, hasta presentarse de la manera mas espléndida en el orbe literario con hazañas que no hubiesen ejecutado los sabios pasados, ni pudiesen ejecutar los presentes, ni los futuros.

El año de 1754 se conmovió Méjico, como si hubiese estallado una revolucion. Habian aparecido carteles impresos de Portillo, repartidos con suficiente anticipacion, en que se prometian cosas increíbles. Llegado el 28 de Mayo, día de los portentos, en el aula mas famosa por sus adornos i su extension, se reunieron las autoridades civiles i eclesiásticas, los cien doctores de la universidad, los estudiantes i todos los hombres doctos que se encontraban, Portillo defendió en presencia de ellos, desde lo alto de una cá-

tedra, cuatro tomos de la filosofía de Losada, tres de la teología de Marin i las obras de Ravago, facultando a cualquiera a que le hiciese las preguntas que se le antojase. Se avanzaron acia él los profesores de teología i filosofía de todas las órdenes i le pusieron dificultades, objeciones i argumentos, encontrándolo invencible. Eran tres las conferencias prometidas que debian celebrarse con un ligero intermedio. La segunda no se hizo esperar mucho, pues se verificó el 6 de Junio, en la que habló tanto sobre los cinco tomos de D. Manuel Tellez Gonzalez que creyeron que no iba a concluir nunca. Los doctores peritos en el derecho canónico lo acosaron a preguntas, como que sentian interesado su orgullo en vencer a un jóven, que les ponía la resistencia mas tenaz; pero en valde le interrogaban de saltado, porque no consiguieron turbarle ni en una sola palabra. A la tarde recitó sin fatigarse, como si tuviese pulmones de hierro, las obras de Araoldi Vinni i que tambien se le preguntaron de saltado. I todo esto lo hablaba en latin, i lo que es mas admirable, en un latin tan castizo como el de Ciceron i tan florido como el de Virjilio.

El 11 de junio la Universidad estaba atestada de jente de toda especie. Portillo se presentaba a defender, a pesar del poco tiempo trascurrido desde su última prueba, once volúmenes de las obras de Antonio Fabro, exceptuando el código Fabriano Forensi. Los seiscientos sabios de Méjico se formaron frente a él en órden de batalla i recibieron del Rector de la Universidad el permiso de usar contra su adversario de silojismos o de discurso llano, de interrogarlo en forma escolástica u oratoria. Los argumentos llovieron como granizo sobre este jóven de veinte i cuatro años, que los mas viejos asaltaban en vano, como un castillo inexpugnable. El Rector mismo, veterano cubierto de canas, que habia registrado de dia i de noche las obras maestras de filosofía i teología, quiso bajar a la lisa i él tambien salió en su lucha con este Hercules, sino vencido, tampoco vencedor. Entónces el claustro universitario por un consentimiento unánime se reunió en sesion i declaró por un movimiento espontáneo: que Portillo no solo era insigne entre pocos, sino entre los mas raros, que era digno no solo de una borla doctoral sino de dos, de tres i de cuatro, i decretó, para honrar los méritos de este jóven, que se revistiese de las dichas borlas junto con los doctores instruidos en ambas sabidurias i en ambos derechos, costeándole estos ornamentos por toda la vida la misma Universidad.

El pueblo batió las manos al oír este decreto tan justo que

ennoblecía la corporación que lo había dictado. Se envió al rei una relación circunstanciada de estos sucesos, firmada por mil i mil testigos de vista. El jóven doctor se había conquistado un nombre. Pico de la Mirandola es llamado por Scalijero *monstrum sine vitio*, porque defendió en Roma a presencia de los hombres más instruidos noventa proposiciones de Teolojia, de Filosofía, de Matemáticas i de Maja. Portillo defendió en la arena literaria inñares de tesis, como será manifiesto al que considere los diferentes libros que sabia de memoria i que cada uno de ellos está relleno de citas que era necesario sostener i haber leído en los escritos de donde habían sido tomadas.

En Portillo, están admirablemente representados los estudios de la época, era vastos i trabajosos, pero solo exijian memoria. ¿Qué provecho resultaba de ellos a la sociedad, a no ser disputas interminables que era imposible resolver? La fantasía i la imaginación eran facultades inútiles en medio de un conjunto sutil, tan póstizas como la lengua de que se servia para espresarlas. La poesía era una flor demasiado delicada, para brotar en la tierra árida de la teolojia i filosofía escolástica. Solo de cuando en cuando, uno que otro jenio lograba dominar a medias todo este aparato científico i se dedicaba a la amena literatura conservando siempre resabios de la Universidad. En 1570, un jóven extranjero asistía con aplicacion a los colejos de Méjico, donde obtuvo varios premios: vuelto a España, su patria, con algunos libros escritos por él, al pisar la tierra natal fué saludado con el titulo de Homero español: era Balbuena. Pero entre los escritores mejicanos del tiempo del coloniaje nadie es mas digno de un artículo especial que Sor Juana Inés de la Cruz, que lo merece por ser poetisa i por ser mujer.

#### G. VÍCTOR AMUNÁTEGUI.